

Antropología y economía: apuntes para el debate desde las ciencias económicas

Anthropology and economics: discussion notes
from economic sciences perspective

Norberto Gabriel Demonte

*Facultad de Ciencias Económicas,
Universidad Nacional del Litoral,
Argentina.
E-mail: ndemonte@fce.unl.edu.ar*

Fecha de recepción: 14/06/2015
Fecha de aprobación: 01/11/2015

Palabras clave

- *antropología*
- *economía*
- *habitus*
- *antropología marxista*
- *consumo*

Resumen

El objetivo de este artículo es analizar un conjunto de temas donde se entrecruzan las visiones de la economía y la antropología y se discuten en primer lugar sus límites disciplinares. Seguidamente, se abordan algunos enfoques de la antropología económica marxista y se analiza el concepto de *habitus* en relación con la toma de decisiones económicas. Finalmente, se reseña un caso etnográfico que cuestiona ciertos supuestos naturalizados acerca del consumo.

Abstract

The aim of this paper is to analyze a set of issues where visions of the economy and anthropology intersect discussing their disciplinary boundaries. Then some approaches Marxist economic anthropology is discussed and the concept of *habitus* is analyzed in relation to the economic decisions. Finally review an ethnographic case challenging naturalized assumptions about consumer.

Keywords

- *anthropology*
- *economy*
- *habitus*
- *Marxist anthropology*
- *consumer*

1. Antropología, economía y etnografía

La demarcación tradicional entre los objetos de estudio de la sociología y la antropología asignó esta última el análisis de aquellas sociedades «diferentes» al Occidente industrializado (Europa occidental y Estados Unidos). Por su parte, la economía y la sociología estudiarían, respectivamente, los aspectos económicos y no económicos de esa zona privilegiada del mundo, que se asumía como la forma «normal» de sociedad humana.

A mediados del siglo XX, las ciencias sociales habían fundado sus divisiones disciplinarias en una doble división del mundo. Habían considerado que, en nuestro mundo, la esfera económica seguía sus propias leyes, y éstas se distinguían de los procesos sociales tal como se daban en las otras esferas (política, religiosa, caritativa, privada...), y que, en el resto del mundo, había sociedades en vía de desaparición caracterizadas por la indistinción entre las esferas, y en particular, por la incrustación de las interacciones económicas en las relaciones sociales (Dufy y Weber, 2009:29).

La mencionada división de áreas de estudios¹ puede resumirse en el siguiente cuadro:

TIPO DE SOCIEDAD	ASPECTO	CIENCIA QUE LO ESTUDIA
«Occidental» (Europa y Estados Unidos)	Económico	Economía
	Otros	Sociología
Resto del mundo	Todos	Antropología

Pero este pulcro esquema en realidad nunca fue llevado a la práctica: la economía pretendió casi siempre proponer análisis cuya validez se postulaba para todo tiempo y lugar. Si bien se ha centrado (tanto en sus versiones ortodoxas como en la escuela marxista) en el estudio de la producción, distribución,

circulación y consumo de los bienes y servicios de la sociedad occidental desarrollada, nunca renunció al «imperialismo disciplinar» que le otorgaría la facultad de analizar otras sociedades manteniendo sus pautas interpretativas como elementos innegociables y sosteniendo la universalidad de su esquema explicativo. Un texto clásico del Premio Nobel de Economía 1970 señala que las cuestiones económicas fundamentales son aplicables a:

toda sociedad, ya sea un estado comunista totalmente colectivizado, una tribu de las islas del Pacífico, una nación industrial capitalista, la familia de un Robinsón suizo o el mismo Robinsón Crusoe —o, podríamos incluso añadir, una colonia de abejas— (Samuelson, 1978:21).

Repárese en la amplitud del campo de estudio propuesto, que hasta incluye a grupos de animales, obviamente distintos al hombre en todos los sentidos significativos. También Gary Becker, discípulo del monetarista Milton Friedman, y Premio Nobel de Economía 1992, en línea con la postura mayoritaria entre los economistas sostiene que «la economía es el estudio de la asignación de recursos escasos para satisfacer necesidades en competencia» (1977:11). Esta posición restringe el campo de estudio de la economía a una faceta puramente instrumental (la relación entre fines y medios), minimiza la importancia de las interacciones sociales y supone que el principio de optimización rige para la totalidad de los comportamientos humanos en todo tiempo y lugar. La aplicación indiscriminada que hace Becker de los principios de la economía neoclásica a los aspectos culturales se aprecia claramente cuando afirma que «es posible que el canibalismo se haya eliminado porque la carne humana es dura, o sea, un bien “inferior”» (50). Luego continúa con una frase por demás elocuente:

Creo que el análisis económico es esencial para comprender mucho del comportamiento que tradicional-

(1) Existen otras posiciones que consideran que la sociología y la economía tienen una diferencia metodológica y no temática.

mente estudian sociólogos, antropólogos, así como otros especialistas de las ciencias sociales. ¡Esto sí que es un ejemplo de imperialismo económico! (12).

Ante semejante afirmación, podemos decir que «a confesión de partes, relevo de pruebas».

Una importante excepción a la crítica que venimos desarrollando es la escuela estructuralista latinoamericana (iniciada por el argentino Raúl Prebisch a mediados del siglo XX y continuada, entre otros, por Osvaldo Sunkel, Celso Furtado y Aldo Ferrer), que propugnó un análisis circunstanciado de la economía, atendiendo a las particularidades de cada país. Esta escuela propone estudiar la economía latinoamericana a través de «una interpretación propia, condicionada por la realidad a la que pretende ser aplicada» (Sunkel, 1973:17). Muchos textos estructuralistas, como el famoso libro de Aldo Ferrer *La economía argentina. Las etapas de su desarrollo y problemas actuales*, tratan cuestiones vinculadas a las naciones «en desarrollo» como Argentina (claramente no euro-norteamericana ni plenamente industrializada). Ello podría ser visto como una «intrusión» de la economía en el campo de la antropología (en este caso de gran interés), pues se analiza a «otras» sociedades distintas al Occidente capitalista industrializado. Por último, a fines del siglo XX en pleno auge del neoliberalismo, la mayoría de los economistas se posicionaba en la perspectiva teórica descripta y, consecuentemente, proponía idénticas políticas económicas, supuestamente «técnicas», a sociedades absolutamente diferenciadas en su estructura social. Este accionar fue ampliamente criticado pues implicó la puesta en marcha de idénticas recetas neoliberales, gestadas por instituciones como el Fondo Monetario Internacional, a países de América Latina y de Europa del Este postsoviética, con resultados desastrosos en términos de empleo, justicia social y empleo.

La antropología cuestionó desde sus comienzos esta «gran división» de tareas ya que su primera escuela, el evolucionismo, incluyó en su objeto de estudio a la humanidad en su conjunto, desde el

proceso de hominización hasta la sociedad contemporánea, en todas sus facetas y en todas sus localizaciones, incluyendo el Occidente industrializado. Más adelante, promediando el siglo XX y cuando el colonialismo estaba en retirada, la antropología abordó problemáticas de las sociedades llamadas «complejas» en un terreno que parecería, en primera instancia, reservado a la sociología (campesinado, migraciones, identidad o marginalidad).

Del mismo modo, la sociología no sólo enfocó aspectos de las sociedades desarrolladas (como el suicidio, la religión o la anomia) sino que también ha postulado políticas a ser aplicadas en los países no occidentales, con el objetivo de transformarlos. Los programas de corte desarrollista de las décadas de 1950/60 abrevaron en esta idea, propugnando la «modernización» de las sociedades no «occidentales» a través del fomento de hábitos de consumo y comportamiento económicos supuestamente «rationales».

Una primera síntesis superadora del desencuentro disciplinar que estamos comentando se logró con el desarrollo de la antropología económica, que al describir los aspectos económicos de distintas sociedades puso en entredicho los cimientos de la teoría económica. Los ejemplos clásicos del «dispendioso» *pottlach* del noroeste norteamericano o el «desinteresado» *kula* del Pacífico cuestionaron la supuesta universalidad de la «racionalidad» postulada por la economía para todos los hombres, de todo tiempo y lugar. Resulta significativo que el primer trabajo de campo etnográfico en sentido moderno, «Los argonautas del Pacífico Occidental» publicado en 1922 por Malinowski, sea precisamente un estudio de antropología económica que describe los intercambios de bienes que realizan los nativos de las islas Trobriand. Dentro de la antropología económica el debate entre *formalistas* apegados a los postulados de la microeconomía neoclásica y *sustantivistas* que privilegiaron la especificidad de cada sociedad para resolver sus problemas económicos es considerado por algunos autores como la hora más gloriosa de estos estudios en la década del 60. Dicho debate, que para algunos ha sido superado por el tiempo, en

nuestra opinión sigue atravesando bajo otra terminología la totalidad de los debates sobre economía, tanto en su consideración de sistemas «modernos» como en el análisis de sociedades «primitivas».

Dentro de este complejo marco de intereses disciplinares «es imposible en la actualidad mantener la oposición entre sociedades occidentales, supuestamente únicas, y todas las otras» (Dufy y Weber, 2009:29). Si la antropología clásica pretendía estudiar la otredad, la diferencia, en América Latina aparece un problema central: ¿Quiénes son los «otros»? ¿Los «criollos», mestizos y aborígenes? ¿Los «pobres» que viven en los márgenes de las grandes ciudades? ¿O son los propios investigadores latinoamericanos, miembros de las clases medias y en su mayoría descendientes de inmigrantes europeos?

El enfoque etnográfico parece ser el posible punto de contacto para superar este desencuentro disciplinar, rescatando las mejores tradiciones de la antropología, y otorgando preponderancia a los significados atribuidos por los «nativos» a sus conductas y representaciones. En este sentido es necesario rescatar la distinción emic/etic, diferenciando los significados atribuidos por los actores a sus prácticas y las categorías utilizadas por los observadores para dar cuenta de las conductas y los pensamientos. En contra de las corrientes antropológicas que ponderan en exceso la «perspectiva del nativo» y relativizan la posibilidad de todo conocimiento del mundo socio-cultural, pensamos que es imposible renegar de nuestras categorías de análisis (que usamos porque precisamente las consideramos adecuadas) y que lo realmente decisivo es una vigilancia epistemológica estricta para que nuestras «preconociones» (al decir de Durkheim) no interfieran en el trabajo de interpretación. La comparación entre el *kula* y el *potlach* sólo es posible en el universo de significados del campo científico, pues desde la perspectiva de los actores resultan totalmente inconmensurables. La técnica etnográfica, que conjuga una inmersión prolongada en el terreno con una interpretación de los significados atribuidos por los actores a sus prácticas y representaciones, parece un salto cualitativo en los

análisis de la economía académica, pues «nunca da por sentadas las categorías de pensamiento de científicos y expertos sino que las confronta con las categorías de la práctica» (Dufy y Weber, 2009: 18-19). Incrementando la apuesta metodológica aludida concordamos con que «los antropólogos consideran el método etnográfico como el único fundamento legítimo de su oficio» (Dufy y Weber, 2009: 27).

La etnografía económica, entonces, se propone vincular los mundos económico y simbólico, criticando las visiones reduccionistas que ven a los agentes como perfectamente racionales o, por el contrario, como seres sumidos en el dominio de la costumbre, la emoción y la rutina. Esta estrategia de análisis permite dar cuenta de estos mundos imbricados, donde los razonamientos nativos presentan facetas plurales en los que se conjugan acciones racionales y factores emocionales. De esta forma se tratará, en la medida de lo posible, de superar posturas tan diferentes como el materialismo cultural, cuya «estrategia es contraria también a numerosas formulaciones que parten de las palabras, las ideas, los valores morales y las creencias estéticas y religiosas para comprender los acontecimientos cotidianos de la vida humana» (Harris, 1985:11), o la perspectiva rigurosamente culturalista que se propone como «una crítica antropológica de la idea de que las culturas humanas se formulan a partir de la actividad práctica y, subyacente a ella, del interés utilitario» (Sahlins, 1997:9). La etnografía económica cuenta con la fortaleza de su enfoque netamente empírico para estudiar las racionalidades prácticas, contrapuestas a la racionalidad axiomática postulada por la economía dominante.

2. Dos vertientes de la antropología marxista

Una visión diferente se aprecia en las vertientes fundamentales de la antropología económica marxista, que tiene en Godelier (1934) y en Wolf (1923–1999) a dos de sus representantes más destacados. Compartiendo el mismo enfoque general

presentan, sin embargo, diferencias que merecen ser destacadas: Godelier privilegia los aspectos estructurales utilizando modelos más abstractos centrados en el concepto de modo de producción, mientras que Wolf adopta una visión histórica que analiza el proceso de expansión europea en sus aspectos concretos, así como los cambios que produjo en las sociedades de los llamados «pueblos sin historia». Para Godelier, la «lógica interna y oculta» de las sociedades es la relación entre la infraestructura y la superestructura,² donde existe una «jerarquía»: la infraestructura juega el papel fundamental y determina «en última instancia» a la superestructura (Godelier, 1976:333). Esta lógica de las sociedades es «invisible», en forma análoga al concepto de «fetichismo de la mercancía» (cuya apariencia oculta su verdadera naturaleza), que Marx analizara extensamente. Por ese motivo se requiere un esfuerzo intelectual para buscar y descubrir la «causalidad estructural» que vincula forma, función, modo de articulación y condiciones de transformación de las relaciones sociales. Godelier presenta el caso etnográfico de los pigmeos *mbuti*, cuyo modo de producción (recolección y caza «dispersa» en la selva ecuatorial congoleña) «determina la relación y la articulación de todas las instancias entre sí» (323). Este modo de producción, según la perspectiva de Godelier, define necesariamente las pautas que caracterizan a esa sociedad (dispersión de los grupos, cooperación en la caza y fluidez de las bandas) y que son necesarias para la reproducción social.

Para él, la búsqueda de la aludida lógica interna de las sociedades requiere ineludiblemente del trabajo de campo antropológico pues «un marxista no debe prejuzgar la naturaleza ni el número de los diversos modos de producción que hayan podido desarrollarse en la historia y que pueden encontrarse, solos

o combinados, en el seno de una sociedad concreta» (289). Su propuesta metodológica es coherente con la forma de trabajo desarrollada por Marx, quien indagó en todas las fuentes etnológicas disponibles en su época. Lamentablemente «el conocimiento de Marx y Engels de la sociedad primitiva era solo somero» (Hobsbawm, 1987:17) pues sus principales trabajos son anteriores a la expansión imperialista europea y la realización de los primeros trabajos de campo antropológicos, como la expedición al estrecho de Torres llevado a cabo por la Universidad de Cambridge a fines del siglo XIX.

Lamentablemente los esquemas analíticos marxistas, especialmente el propuesto por Engels en *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (1884), fueron utilizados con muy poco tino por dirigentes soviéticos como Stalin (que monopolizó durante casi todo el siglo XX el pensamiento marxista), quien propuso una secuencia rígida de modos de producción (esclavitud, feudalismo, capitalismo, socialismo) basada en una perspectiva evolucionista unilineal. Esta inapropiada simplificación omite los estudios de Marx sobre otros modos de producción y formaciones económico-sociales (como las germánicas u orientales).³ Particularmente el «modo asiático... ya no es más mencionado en el *Materialismo dialéctico e histórico* de Stalin (1938)» (44), por lo que el citado esquema resulta totalmente inadecuado para el estudio de la realidad extraeuropea, en especial la americana anterior a la conquista española. Debe recordarse que Marx «jamás se propuso, como sus epígonos, construir e imponer un esquema rígido de evolución unilineal de las sociedades» (Godelier, 1976:16).

En cuanto al debate clásico de la antropología económica entre formalistas y substantivistas, el autor

(2) En el pensamiento de Marx la infraestructura es la base material de la sociedad en cuanto a la forma de organizar la producción (concretada en el modo de producción). En esa misma tradición teórica la superestructura es el conjunto de fenómenos políticos e ideológicos (derecho, religión, parentesco, etcétera).

(3) El concepto de «modo de producción» fue introducido por Marx en el Prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política* (1859) y refiere a la manera en que se articulan las relaciones de producción y las fuerzas productivas. Las formaciones económico-sociales refieren a las formas específicas que adoptan los modos de producción en una sociedad determinada.

francés sostiene que el mismo no tiene razón de ser sino que la tarea es «reconstruir mediante el pensamiento los modos de producción que se han desarrollado» (332) a lo largo de la historia. Tampoco acuerda con la clasificación de las sociedades propuesta por Polanyi (con reciprocidad, con redistribución y con mercado), pues considera que el aspecto relevante para el análisis económico es la producción y no la circulación (287) y porque «no tiene en cuenta lo esencial de los conceptos de Marx, la noción de modo de producción» (17). En su concepción la antropología y la historia comparten el mismo objeto de estudio pues «en el marxismo no tiene sentido privilegiar la antropología con respecto a la historia ni viceversa» (295).

Wolf utiliza, como Godelier, el concepto de modo de producción, pero en su concepción: «La utilidad del concepto no radica en el terreno de la clasificación, sino en su capacidad para destacar las relaciones estratégicas que intervienen en el despliegue del trabajo social por parte de pluralidades humanas organizadas» (Wolf, 1993: 100). Desde su visión, los grupos humanos siempre han mantenido regularmente relaciones entre sí, influyéndose mutuamente en un proceso que interconecta a toda la humanidad y que hace del contacto cultural un hecho frecuente y no una situación excepcional. Es por ello que resulta inadecuado el análisis de sociedades separadas, de «culturas» en sentido funcionalista, tesis de una gran importancia antropológica. Plantear la existencia de un proceso histórico mundialmente interconectado impugna la manera en que generalmente la historia se construye y enseña, habitualmente centrada en Europa y donde solo a partir de ella se hace referencia al resto del globo. Un ejemplo paradigmático es Hobsbawm, quien describe los procesos sociales asumiendo que el mundo entero gira alrededor de los acontecimientos ocurridos en Europa. También vemos en la estructura de los planes de estudio de historia que el análisis de los procesos europeos está sobre representado y muy pocas veces se menciona, por ejemplo, que hacia el año 900 d.C. las ciudades mayas eran más complejas y populosas que las europeas.

Aunque desde fines del siglo XV los europeos influyeron enormemente en todo el planeta, modificando las sociedades que encontraban en su proceso de conquista, ello no implica que los americanos, africanos, asiáticos y oceánicos sean «hombres sin historia». Por el contrario, antes de la expansión europea existieron contactos, influencias y desarrollos políticos y culturales en todo el mundo, que Wolf describe con detalle. Tenemos en nuestro país ejemplos de esta historia negada, como el avance inca sobre los Valles Calchaquíes, la araucanización de la Pampa o el dominio de los chiriguano sobre los chané en la selva salteña.

Wolf señala que evolucionistas y difusionistas tuvieron plenamente en cuenta, cada uno a su modo, estas vinculaciones entre grupos humanos. Fue paradójicamente el exitoso trabajo de campo de los funcionalistas en el análisis de ciertos grupos (como los *nuer* del Sudán o los *trobriandeses*) lo que llevó a pensar en la existencia de «culturas aisladas», cuyos miembros vivían en condiciones prístinas, formando grupos «primitivos contemporáneos» que «no tenían historia». Lo cierto es que los antropólogos encontraron culturas «exóticas» para estudiar porque existió una previa expansión europea de índole colonial, que hacía posible la presencia en el campo de los antropólogos, hecho que generalmente era omitido de los análisis. Los trabajos etnohistóricos (como los de Murra sobre la organización económica inca en el contexto colonial) evidencian que no existen dos historias distintas (una blanca y una negra al decir de Wolf) sino que encontramos un solo proceso histórico que comprende a todos los hombres. Por esta razón nuestro autor integra las historias de Europa y del mundo en una perspectiva global a través de «una exposición analítica del desarrollo de las relaciones materiales, que se mueven simultáneamente en el nivel del sistema general circundante y el micro-nivel» (Wolf, 1993:39), prestando atención tanto a las particularidades de los grupos dominados como a las formas con que los europeos ejercieron su dominio.

Para Wolf, la expansión europea se debe a que el capitalismo tiende necesariamente a dominar

regiones organizadas en base a otro modo de producción, coincidiendo con la crítica de Rosa Luxemburgo al esquema de reproducción ampliada del capital propuesto por Marx, y argumentando que esta reproducción no puede darse solo dentro del sector capitalista sino que requiere colocar mercancías en zonas donde rigen otros modos de producción.

Una cuestión interesante para los estudiosos de las ciencias económicas es que Wolf confronta los supuestos neoclásicos sobre el individualismo de las decisiones, al sostener que: «El trabajador, el productor directo, nunca es un Robinson Crusoe aislado sino alguien que siempre está en relación con otros, como pariente, siervo, esclavo o jornalero» (98–99). Si bien rescata el empeño de Godelier por oponerse al pensamiento dominante cuestiona al estructuralismo marxista pues «han dado a la estructura o sistema una teleología absoluta ('causalidad estructural') que mueve a la gente como si fuera portadora del sistema pero que no deja lugar a la historia o a la conciencia humana» (483).

Finalmente, el empeño de Wolf por encontrar el sentido general de los procesos históricos de largo plazo contrasta acusadamente con las tendencias contemporáneas de la academia antropológica, pues:

Hoy en día la convergencia de los enfoques marxistas con la antropología guarda un significado especial para los antropólogos, ya que el individualismo neoliberal y el romanticismo egocéntrico exageradamente subjetivo coinciden en negar que sea posible hacer generalizaciones sobre las estructuras sociales y las culturas (33).

3. El concepto bourdesiano de *habitus* y las decisiones económicas

En un texto basado en sus experiencias en Argelia Bourdieu analiza cuestiones ampliamente debatidas por la economía del desarrollo, cuyo objeto de estudio «tiende a concentrarse en la caracterización de las estructuras, en la identificación de

los agentes significativos y en las interacciones entre determinadas categorías de decisiones y las estructuras» (Furtado, 1974:106). Especialmente después de la Segunda Guerra Mundial y en medio del proceso de descolonización de África y Asia desarrollado durante los años 60, estos estudios se preguntaron insistentemente: ¿por qué algunas personas mantienen comportamientos tradicionales incompatibles con la «racionalidad» postulada para el funcionamiento de los mercados «modernos», que implica calcular los beneficios de las distintas acciones posibles y efectuar una previsión del futuro? ¿Por qué algunos agentes sociales no calculan las ventajas y desventajas de cada opción ni «optimizan» la relación entre recursos limitados y necesidades ilimitadas, tal como reiteradamente lo postula la ciencia económica dominante y lo enseñamos los docentes de ciencias económicas?

Bourdieu cuestiona la pertinencia de tales preguntas puntualizando que solo cuando las condiciones de existencias son previsibles el agente económico puede, efectivamente y concretamente, prever su futuro dado que «la ambición consciente de apropiarse del porvenir mediante el cálculo racional depende estrechamente de las posibilidades de conseguir dicha apropiación, inscritas en las condiciones económicas presentes» (Bourdieu, 2011: 84).

Para dar cuenta de la acción práctica de los sujetos desarrolla el concepto de *habitus*, entendido como el sistema de disposiciones que funcionan como «principios generadores y organizadores de prácticas y representaciones» (86), en este caso las vinculadas con el cálculo racional. El concepto de *habitus* destaca la importancia de la estructura como marco que condiciona la acción aunque rescata la posibilidad que tienen los actores de ejecutar una diversidad de estrategias permitiendo «superar las oposiciones abstractas entre lo subjetivo y lo objetivo, lo consciente y lo inconsciente» (153). Conviene resaltar en la definición de *habitus* la importancia de las condiciones de existencia y los constreñimientos económicos que éstas conllevan, dado que el *habitus* se forma a través de «los condi-

cionamientos asociados a una clase particular de condiciones de existencia» (86). En lo que respecta a las sociedades sometidas a procesos de colonización, modernización o globalización, la perspectiva de Bourdieu se presenta como una opción superadora de los enfoques centrados en los cambios estructurales (como el desarrollismo o la teoría de la dependencia) y los que se proponen modificar los comportamientos (como lo hiciera la sociología de Gino Germani). Este debate sobre las conductas tradicionales y la necesidad de «modernizarlas» no es un hecho del pasado pues se observa en la agenda del denominado «desarrollo social» surgido en los '90 donde muchos «expertos» «producen un imaginario nacional y regional (América Latina) problemático» (Pantaleón, 2005:56) mientras se preguntan ¿por qué los ejecutores de políticas sociales actúan con «escaso» análisis de la relación costo–beneficio y con «ausencia» de racionalidad?

El potencial heurístico del concepto de *habitus* se puede apreciar en un hecho que toca de cerca a los docentes de ciencias económicas. Varias materias dentro del plan de estudios de ciencias económicas, como «costos», se ocupan justamente del cálculo racional de los empresarios sobre precios y organización de la producción. La implantación de dichas materias en el currículum universitario argentino se dio al afianzarse la industrialización por sustitución de importaciones y no antes, pese a que en los países centrales esta temática se conocía desde principios del siglo XX. Tal circunstancia es plenamente compatible con lo expuesto por el autor francés: en la universidad resulta útil estudiar el *habitus* del cálculo económico cuando aparecen comportamientos de ese tipo en el marco de condiciones estructurales apropiadas y, a la vez, cuando hay actores que tienen la posibilidad de desarrollar estas acciones. Dicho en otros términos, nadie puede calcular costos en el vacío social (sin «estructuras estructurantes» y sin un «conjunto

de disposiciones»). ¿Qué sentido tendría para un hachero del Chaco o para un alfarero del Noroeste en 1920 conocer el cálculo de costos y las técnicas de optimización?⁴ Es interesante observar que la producción argentina de textos sobre costos tuvo su mayor desarrollo en la década de 1970 (Demonte, 2009) coincidentemente con un estructura industrial compleja, decreció junto con el proceso de desindustrialización y volvió a repuntar en los comienzos del siglo XXI, acompañando condiciones de existencia que favorecían un análisis meduloso de las opciones productivas sustentado en la recuperación de la actividad industrial. Cuando nuestro país pasó por momentos de crisis (1975, 1989–90, 2002), y al cambiar las condiciones de existencia, el *habitus* del cálculo económico se vio sensiblemente afectado.

El texto de Bourdieu puntualiza aspectos del *habitus* de los subproletarios argelinos y describe la situación que enfrentaban ante la llegada del capitalismo colonial francés. Pero la potencialidad de su planteo es tan relevante que puede aplicarse a contextos más cercanos en el tiempo y el espacio como los barrios pobres de las ciudades argentinas. Bourdieu mismo lo señala cuando efectúa un símil entre «los márgenes de las ciudades africanas o sudamericanas» (Bourdieu, 2006:121). La tesis central es que «el desempleo acarrea una desorganización sistemática de la conducta, de la actitud y de las ideologías» (119) donde gran cantidad de desempleados son «hombres dispuestos a hacer de todo y conscientes de que no saben hacer nada (...). La búsqueda de trabajo es la única constante de esa existencia que se balancea al capricho del azar» (118). Se busca empleo sin ilusiones de encontrarlo pues el mercado de trabajo es muy reducido, una parte sustancial del mismo es informal, hay exceso de oferta de jóvenes sin capacitación y escasísimas posibilidades de lograr condiciones de trabajo dignas. En condiciones de absoluta inseguridad en el empleo y el trabajo la

(4) Para profundizar los aspectos etnográficos de esta cuestión ver, entre otros, Murra (2002), Trincherro (1995), Belli et al. (2004) y Gordillo (2006).

vida íntegra, incluso las concepciones acerca de las cuestiones más abstractas, están signadas por el sello de la precariedad y la falta de estructuración. La aludida falta de previsión no se limita a los aspectos estrictamente económicos sino que comprende al conjunto de las percepciones y apreciaciones, incluso las de índole estética. Esta forma de desestructuración se aplica incluso a los gustos musicales pues «en los trenes del suburbio puede observarse que es recurrente la venta de grabaciones en CD que compilan canciones de diversos autores y «géneros» mezclando en ellas el contenido de varios discos» (Semán y Vila, 2008:4). Esta mezcla de géneros puede verse como una faceta de la desestructuración de la vida de la que nos habla Bourdieu, donde los marcos analíticos que permiten identificar y valorar distintas propuestas estéticas no están constituidos.

Por otra parte, si «en ausencia de empleo regular, lo que falta no es solamente un ingreso asegurado, sino el conjunto de obligaciones que definen una organización coherente del tiempo y un sistema de expectativas concretas» (Bourdieu, 2006:120) luego de varios años de desempleo estructural se conforma un grupo poblacional que carece de las competencias generales para insertarse eficazmente en el mercado de trabajo formal. Algo parecido ocurre con los efectos que provocan la inflación y el retraso cambiario sobre las expectativas de los agentes económicos en la Argentina contemporánea. En efecto, cuando el valor de la moneda es incierto no hay expectativas económicas claras y desaparece la posibilidad de previsión, ya sea para organizar actividades empresarias o para presupuestar consumos futuros. Esta circunstancia afecta tanto a los desempleados como a los trabajadores y a los empresarios, que por diversos motivos se ven imposibilitados de prever el futuro económico. Los trabajadores tienen incertidumbre sobre la estabilidad de su fuente laboral pues las empresas reducen personal y el estado no reemplaza todas las vacantes correspondientes. Los jóvenes tienen trabajos precarios (becas, pasantías, contratos o sus sucedáneos),

no cuentan con cobertura médica o previsión social y están permanentemente pendientes de la renovación de su «contrato». Los empresarios no pueden estimar las demandas de sus productos, calcular sus costos, definir los precios y realizar las inversiones en medio de la incertidumbre.

Finalmente, el *habitus* económico puede analizarse en el ámbito etnográfico a través de la cuestión de la racionalidad de la organización económica andina, caracterizada por Murra como un «archipiélago vertical de pisos ecológicos». Los campesinos andinos, ante las restricciones naturales para la agricultura del suelo donde habitan, establecen ciclos de producción para distintos cultivos en zonas de diferentes alturas donde «el manejo paralelo de dichos ciclos resulta posible gracias a la existencia de instituciones que regulan formas complejas de cooperación entre un gran número de unidades domésticas» (Golte, 1987:14) Estas instituciones de las que habla Golte son las estructuras estructurantes que menciona Bourdieu, que se integran a disposiciones permanentes («historia hecha cuerpo») con las que cuentan los actores para calcular tiempos y actividades productivas en un medio aparentemente poco propicio para la actividad económica.

4. Comportamientos inesperados

Comentaremos en este apartado un caso etnográfico que cuestiona las ideas habituales sobre el consumo. Los *muria* son una fracción de los pueblos *gondo* de la India central que se han hecho ricos a raíz de modificaciones estructurales de su sistema económico: la expansión de las tierras de cultivo, el apoyo del Estado y el trabajo sostenido de varias generaciones sobre ciertas parcelas arroceras incrementó su productividad y ha ubicado a algunos *muria* en condición de disponer para el consumo de una cantidad de recursos muy superior a la que tradicionalmente tenían. Pero estos «nuevos ricos» no quieren, y en realidad no saben, gastar la riqueza

obtenida. Como en su sociedad «los actos ostentosos de consumo que no están incluidos en el marco de las festividades públicas sancionadas tradicionalmente, son considerados amenazantes, arrogantes y disociadores» (Gell, 1991:144), los «nuevos ricos» viven como si no lo fueran, dentro de una austeridad extrema: su vestimenta y alimentación es muy sencilla, al igual que sus viviendas y su vajilla. El artículo de Gell es excepcionalmente interesante pues muestra las complejas vinculaciones que se establecen entre las expectativas de consumo y las aptitudes y actitudes asociadas al mismo, en un contexto de amplia disponibilidad de recursos. Los *muria* ricos no acumulan por avaricia sino que no encuentran interés en los bienes de consumo; para ellos «los artículos ofrecidos por los mercados de Bastar carecen de significado o están llenos de peligros mágicos» (147) por lo que estos bienes modernos jamás se incluyen entre los posibles consumos. Observamos entonces que el análisis del consumo debe integrarse en el contexto cultural pues es indisoluble de la valoración social de las mercancías, que al consumirse pasan a formar parte de la identidad del actor. El conjunto de objetos que posee un individuo es una síntesis de su identidad, habla de sus aspiraciones y de la posición que cree ocupar en la sociedad, «son algo más que meras envolturas de 'utilidad' neutral» (143). Los bienes integran una red de significados sociales y no son solo medios para satisfacer necesidades obvias como la alimentación o el vestido. Casos como el expuesto por Gell muestran la pobreza conceptual de los ejemplos tipo «Robinson Crusoe» utilizados profusamente, que analizan el consumo como una mera relación medios–fines sin ninguna mediación del sistema social y adoleciendo de un profundo etnocentrismo. En algunos manuales de microeconomía encontramos frases como ésta: «Otra característica de las preferencias que casi todos compartimos es ésta: por lo general pensamos que *más es mejor*» (Hall y Lieberman, 2005:137), generalizando injustificadamente el comportamiento típico de una determinada sociedad y estructura de personalidad a todo el género humano. Entre los

muria, a diferencia de la sociedad occidental, el consumo tiene «la meta de expresar conformidad, y no de manifestar originalidad o individualidad» (Gell, 1991:157); ellos no creen que «más es mejor» sino que adaptan las formas de su consumo a las expectativas de su sociedad en notable contraste con los hábitos de la «cultura del shopping». Tiri, un *muria* pudiente, «está resuelto a no participar en tipos de consumo que lo conviertan en una clase de individuo diferente a aquel que se concibe, tanto en sus propios términos como en términos sociales, como moralmente apropiado (163).

Para Douglas e Isherwood (1990), el consumo es una faceta del proceso económico habitualmente poco estudiada, tal vez por influencia del marxismo y su énfasis en los modos de «producción». Además posee una valoración negativa pues se lo asocia a la «sociedad opulenta» y a un empleo de las mercancías ostentoso, vanidoso y superfluo. Pero si la economía estudia las condiciones materiales de producción, distribución, circulación y consumo de la riqueza, el consumo «tiene que ser reconocido como parte integral del sistema social» (18). El análisis del consumo en perspectiva antropológica entiende que las decisiones sobre el mismo no son ajenas al flujo social y obliga a reconsiderar la visión del hombre como sujeto aislado. Por el contrario, el consumo tiene una faceta social y cultural ya que las mercancías satisfacen necesidades concretas de los individuos pero son definidas y valoradas socialmente. El tipo de vestimenta, los libros que integran una biblioteca o el modelo de auto tienen «valores sociales» que exceden su función primaria de satisfacer las necesidades de abrigo, lectura o transporte, pues «un conjunto de mercancías en propiedad de alguien constituye un informe físico y visible de la jerarquía de valores que suscribe quien lo ha elegido» (19) Así, poseer una variada biblioteca de antropología o economía puede ser un elemento de distinción entre los entendidos, pero el significado de ese consumo «intelectual» solo puede ser apreciado por quien conozca el código específico que le permita valorar la calidad o rareza

de los textos, resultando opaco para quienes no conocen el código, que pueden incluso despreciar estos consumos.

El consumo también se ha entendido como una actividad privada desarrollada fuera del mercado, donde el consumidor es absolutamente libre en sus elecciones. Sin embargo, la mayoría de los consumos supone una utilización social de los bienes atravesada por juicios morales. Nada como la música, que en su inmaterialidad y abstracción parece totalmente ajena a las disputas sociales, para mostrar las diferencias y establecer jerarquías, constituyéndose sin duda en «una de las ocasiones de exhibición intelectual más rebuscadas» (Bourdieu, 2000:154). Mientras hay quien circula en auto con el volumen al máximo escuchando «cumbia» para sostener una cierta identidad hay quien consideraría este comportamiento una «deshonra» cultural. En ambos casos el consumo musical está referido a la opinión de «los otros» más que al disfrute mismo de la audición.

Desde la definición que propusiera Lionel Robbins en 1932 la ciencia económica dominante se asume como el estudio del comportamiento humano ante el «principio de escasez», basado en la relación entre fines ilimitados jerarquizados y medios escasos con usos alternativos. Esta relación sumamente abstracta se encuentra en muchas áreas del comportamiento humano por lo que los «formalistas» consideran que es aplicable en cualquier contexto pues «un axioma central de esta disciplina es que las necesidades humanas son ilimitadas, pero que constantemente tendemos a maximizar nuestras satisfacciones» (Burling, 1976:115–116). Esta perspectiva adolece de un claro etnocentrismo por lo que incluso un connotado «formalista» debe reconocer que la economía oficial «necesita una infusión de relativismo cultural» (Cook, 1976:337). Pero casos como el de los *muria* contradicen abiertamente el «principio de escasez», injustificadamente generalizado a todos los tiempos y lugares sin considerar que solo en la sociedad occidental existe un mecanismo aceitado de exacerbación de las necesi-

dades, donde «la organización social del hombre le impele siempre a desear más bienes materiales de los que tiene en cualquier momento y le hace valorar tal adquisición material más que la consecución de otras metas sociales» (Dalton, 1976:185). El caso analizado por Gell cuestiona la validez universal del principio de escasez pues para los *muria* no hay escasez en el sentido de los neoclásicos. La antropología económica ha puesto de manifiesto la complejidad de la motivación que guía las acciones de los consumidores, mostrando que los supuestos acerca de un consumidor perfectamente racional, con información completa y orientado a la maximización de su satisfacción, es una construcción teórica carente de soporte empírico. Burling se hace cargo de la anterior crítica admitiendo el carácter hipotético del método de los neoclásicos: «El principio de que nuestras necesidades son ilimitadas es una afirmación difícil de demostrar, pero puede ser un axioma útil que puede suponerse en la base del comportamiento humano y que puede aportar sentido a buena parte de las acciones humanas» (1976:120). Si estuviéramos realmente ante un principio general no solo «podría» ser útil y «aportar sentido» sino que seguramente lo haría, pero nos encontramos con una verdadera perogrullada más que con un principio, pues «si las necesidades materiales del hombre son insaciables, entonces por definición, existe escasez de los medios para obtenerlas» (Dalton, 1976:184). Para Burling, el comportamiento de un consumidor compulsivo orientado por un craso materialismo es típico de la especie humana, pues sostiene:

No veo razones para que no se deba hablar incluso de la utilidad marginal del cuidado amoroso. Cada hombre puede considerarse un empresario que manipula a los que tiene a su alrededor, comerciando sus productos del trabajo, la atención, el respeto, etc., con objeto de obtener a cambio lo más posible (1976:122).

Por su parte, los «substantivistas» consideran que el programa formalista de aplicación de la

teoría económica neoclásica a sociedades sin un capitalismo desarrollado es injustificada. Por el contrario, proponen estudiar los temas económicos como un proceso institucionalizado, que dota de unidad y estabilidad a la producción, circulación y consumo, considerando que la economía «está incrustada y enredada en instituciones económicas y no económicas» (Polanyi, 1976:161). Distingue dos significados de «lo económico»: el «formal» y el «sustantivo»; el formal está basado en el «principio de escasez» y sería aplicable a economías con mercados formadores de precios mientras que el sustantivo comprende las formas del «intercambio con el medio ambiente natural y social» (155) de todas las sociedades. Los sustantivistas critican la generalización del postulado de escasez sosteniendo que «resulta fácil ver que hay elección de medios sin insuficiencia y cómo hay insuficiencia de medios sin elección» (158).

Consideramos que la crítica de Polanyi a los formalistas es cuestionable pues sostiene que los postulados neoclásicos no son aplicables a economías sin mercados formadores de precios (que serían típicos de las economías primitivas) pero sí lo son para analizar el sistema de mercados capitalista, donde los significados formal y sustantivo de «lo económico» coincidirían. De esta manera la teoría neoclásica sería una herramienta adecuada para el análisis del capitalismo. Por nuestra parte, pensamos que a estos autores «su posición de compromiso los coloca así en una situación falsa frente al problema de la ‘escasez’» (Godelier, 1974: 251). Kaplan nos recuerda (1976:208) que la economía neoclásica es criticada porque sus axiomas dan lugar a un sistema puramente teórico sin referente empírico, constituyendo una descrip-

ción apologetica del mecanismo del mercado (que aseguraría una óptima asignación de los recursos en función de la disponibilidad de los mismos y a las preferencias individuales). Por este motivo, en nuestra opinión el herramental teórico neoclásico resulta tan inconveniente para analizar la economía de los *muria* como para entender la economía capitalista actual.

Un aporte de Polanyi sobre las limitaciones de la economía dominante en el análisis de las economías «primitivas» es su estudio del comercio, el dinero y los mercados, al señalar que existieron a lo largo de la historia en formas diferentes a las típicas del capitalismo, donde ordenan a los mercados formadores de precios. El comercio en condiciones precapitalistas es específico, tanto en lo que respecta a las mercancías, las rutas, los medios de transporte e incluso los precios, lo que impide hablar de un comercio «en general», que solo es típico dentro del capitalismo. Un ejemplo etnográfico argentino de comercio regular sin dinero ni mercados formadores de precios es el de los intercambios entre tehuelches y araucanos, donde: «Los manzaneros parecían depender de los tehuelches en su provisión de cubiertas para toldo, así como los últimos, a su vez, tenían que conseguir de los otros los mandiles tejidos y los ponchos» (Musters, 2005:275).

Para Kaplan la controversia entre formalistas y sustantivistas, que atraviesa estos debates, podría superarse si se logra «la generalidad de los «formalistas» sin perder al mismo tiempo un firme apoyo en el mundo empírico» (1976:227). Sin embargo, a nuestro entender esta posición omite considerar la principal razón que sustenta el sistema neoclásico: la defensa ideológica de la libertad de mercado, que oculta los procesos de explotación y dominación.

Referencias bibliográficas

- Becker, G. ([1971] 1977). *Teoría económica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Belli, E., Slavutsky, R., y Trincheró, H. (2004). *La cuenca del Río Bermejo: una formación social de fronteras*. Buenos Aires: Reunir.
- Bourdieu, P. ([1981] 2000). *Cuestiones de Sociología*. Madrid: Istmo.
- ——— ([1977] 2006). Las condiciones económicas de la transformación de las disposiciones económicas. En P. Bourdieu, *Argelia 60. Estructuras económicas y estructuras temporales* (págs. 83-116). Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- ——— ([1980]2007). *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- ——— (2011). *Las estrategias de la reproducción social*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Burling, R. ([1962] 1976). Teorías de maximización y el estudio de la antropología económica. En M. Godelier (comp.), *Antropología y economía* (págs. 101-124). Barcelona: Anagrama.
- Cook, S. ([1966, Abril] 1976). The obsolete «anti-market» mentality: a critique of the substantive approach in economic anthropology. *American Anthropologist*, New Series, 68(2). Traducción castellana en M. Godelier (comp.), *Antropología y economía*. Barcelona: Anagrama.
- Dalton, G. ([1961] 1976). Teoría económica y sociedad primitiva. En M. Godelier (comp.), *Antropología y economía* (págs. 179-207). Barcelona: Anagrama.
- Demonte, N. (2009). El currículum de la asignatura Costos en las universidades argentinas y su vinculación con el desarrollo industrial nacional y regional. Un análisis histórico- comparativo desde la UNL. *Revista Ciencias Económicas*, 7(2), 63-74.
- Douglas, M., e Isherwood, B. ([1979] 1990). *El mundo de los bienes. Hacia una antropología del consumo*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes – Grijalbo.
- Dufy, C., y Weber, F. (2009). *Más allá de la gran división: sociología, economía y etnografía*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Furtado, C. ([1967] 1974). *Teoría y política del desarrollo económico*. México: Siglo XXI Editores.
- Gell, A. ([1986]1991). Los recién llegados al mundo de los bienes: el consumo entre los gondos muria. En A. Appadurai (ed.), *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías* (págs. 143-175). México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes – Alianza.
- Godelier, M. ([1966] 1974). *Racionalidad e irracionalidad en economía*. México: Siglo XXI Editores.
- ——— ([1974] 1976). Antropología y economía. ¿Es posible la antropología económica? En M. Godelier (comp.), *Antropología y economía*. Barcelona: Anagrama.
- Golte, J. (1987). *La racionalidad de la organización andina* (2ª. Ed). Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Gordillo, G. (2006). *En el Gran Chaco: antropologías e historias*. Buenos Aires: Prometeo.
- Hall, R., y Lieberman, M. (2005). *Microeconomía. Principios y aplicaciones*. México: Thomson.
- Harris, M. ([1979]1985). *El materialismo cultural*. Madrid: Alianza.
- Hobsbawm, E. ([1971] 1987). Introducción. En K. Marx, *Formaciones económicas precapitalistas*. México: Pasado y Presente.
- Kaplan, D. ([1974] 1976). La controversia formalistas–substantivistas de la antropología económica: reflexiones sobre sus amplias implicaciones. En M. Godelier (comp.), *Antropología y economía* (págs. 208-232). Barcelona: Anagrama.
- Murra, J. (2002). *El mundo andino. Población, medio ambiente y economía*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos – Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Musters, G. ([1871] 2005). *Vida entre los Patagones*. Buenos Aires: El elefante blanco.
- Pantaleón, J. (2005). *Entre la carta y el formulario*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Polanyi, K. ([1958] 1976). El sistema económico como proceso institucionalizado. En M. Godelier (comp.), *Antropología y economía* (págs. 155-178). Barcelona: Anagrama.
- Sahlins, M. ([1976] 1999). *Cultura y razón práctica. Contra el utilitarismo en la teoría antropológica*. Barcelona: Gedisa.
- Samuelson, P. ([1948] 1978). *Curso de economía moderna*. Madrid: Aguilar.
- Semán, P., y Vila, P. (2008). La música y los jóvenes de los sectores populares: más allá de las «tribus». *Transcultural Music Review*, 12. Recuperado de <http://www.sibetrans.com/trans/articulo/85/la-musica-y-los-jovenes-de-los-sectores-populares>
- Sunkel, O., Maynard, G., Seers, D., y Olivera, J. H. G. (1973). *Inflación y estructura económica*. Buenos Aires: Paidós.
- Trincheró, H. (comp.). (1995). *Producción doméstica y capital: estudios desde la antropología económica*. Buenos Aires: Biblos.

- Wolf, E. ([1982] 1993). *Europa y la gente sin historia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- ——— ([1998] 2004). Presentación. En A. Palerm, *Antropología y Marxismo*. México: Nueva Era.

Registro Bibliográfico

Demonte, N.G. (2015). Antropología y economía: apuntes para el debate desde las ciencias económicas. *Revista Ciencias Económicas*, 12(02), 67–80.